

Rafael Reig
EL RÍO DE CENIZAS

colección andanzas



RAFAEL REIG
EL RÍO DE CENIZAS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: junio de 2022

© Rafael Reig, 2022

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-140-6
Depósito legal: B. 7.780-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

He soñado con un río que nunca había visto. Cerca de la cima, entre robles y pinos, oí el ruido de agua, hacia el que me dirigí. En el sueño andaba a buen paso y tenía unos treinta años, no me costó ningún esfuerzo salvar un repecho tras el que, unos metros más abajo, vi el fragoso cauce que descendía casi en vertical, con orillas de granito y una violenta cascada, hacia el remanso que formaban unas grandes piedras cubiertas de musgo. Comencé a bajar la ladera para meter las manos en el agua helada, pero el estruendo de algún pino podrido que se derrumbaba me despertó. Recuerdo bien los ríos que he visto en la montaña —el Pradillo, el Lozoya, el Majavilán y otros muchos—, pero el del sueño no era ninguno de ellos, así que ha debido de inventarlo mi cerebro dormido con una precisión que no tiene cuando estoy despierto.

Esta estilográfica Parker me la regaló Nicanor, pero

no se me había ocurrido ponerme a escribir hasta que ayer Casilda se puso de pie y anunció:

—¡Vamos a morir todos!

Me inclino a darle la razón: la posibilidad de que no sea así —y vivamos todos para siempre— me parece un castigo inmerecido.

Casilda lanza a diario jaculatorias, vaticinios y galimatías mientras juega con Nati y Belén al tute arrasado: ¡Señor, llévame pronto! ¡Ay de los pobrecitos de espíritu! ¡Cubridme con un lienzo ungido!, cosas así, pero esta vez algo le rondaba la cabeza: la plaga bíblica que se nos echa encima, lo dicen por la tele. Se habla de bubones y violentas hemorragias, de las ratas que salen de las alcantarillas para morir a cielo abierto sobre la acera, de murciélagos carnívoros que atacan en grupo a los vertebrados superiores o de las camionetas y carromatos que recogen cadáveres por las calles, pero en la tele afirman que aquí no corremos ningún peligro. Puede que haya algo de eso, admiten a regañadientes, pero sólo en pequeñas aldeas del Indostán o de la Patagonia: aquí estamos bien protegidos, contamos con el mejor sistema sanitario de Europa.

Desde mi ventana se ve la encina, el terraplén del cercanías un poco más allá y, a lo lejos, las montañas, que a esta hora son sombras severas e impacientes, decididas a impartir justicia. Mientras el crepúsculo matutino vuelve azul el cielo oscuro y bajo, he empe-

zado a escribir en un cuaderno escolar, quizá por las mismas razones por las que Nica estudia partidas de ajedrez, Vero interpreta partituras en silencio o Nati, Belén y Casilda, las Tres Gracias, juegan a las cartas: para matar el tiempo —nadie queremos vivir para siempre—. Hace años que me levanto a las cinco de la mañana y ya no puedo volver a conciliar el sueño. Dicen que el despertar precoz (o insomnio terminal) es propio de la edad avanzada y de las depresiones melancólicas, y ya he cumplido los setenta y cinco. Llegué hace un mes a Los Carrascales —me trajo mi hijo, con dos maletas pequeñas— y lo que más recuerdo de ese primer día es lo asustado que estaba, hasta que entré en mi habitación y el encuentro con este árbol de ancha copa, casi al alcance de mi mano, me hizo sentirme acompañado.

Ahora estoy cómodo, es una residencia privada, nada barata. Casi parece un hotel, y nadie estamos en un estado penoso, porque sólo permanecemos aquí mientras no llegemos a una grave incapacidad física o mental: luego nos despachan a lugares que espero no conocer nunca.

El primer día, cuando se fue Gonzalo, salí a dar un paseo, sin otra finalidad que la de comprobar que no estaba prisionero. Así es, puedo entrar y salir con libertad, siempre que informe en recepción y lleve un teléfono móvil con batería. El pueblo está a quince minutos a pie (y a mi paso), y encontré un estanco, el

supermercado, un par de bares —el Maype y La Carolina— y hasta una librería, La Maliciosa, en la que compré, casi al azar, un libro de bolsillo. Me senté en la terraza del Maype a hojear *La conjuración de Catilina*, de Salustio, mientras bebía un chispazo de ginebra. Me divirtió saber que Lucio Catilina, aunque de familia noble, era «de carácter malo y depravado»:

Desde la adolescencia, le resultaron gratas las guerras civiles, las matanzas, las rapiñas, las discordias ciudadanas y en ellas tuvo ocupada su juventud.

¡A eso es a lo que yo llamo una auténtica vocación!, y así se empieza una biografía: siempre por el final. Visto desde su muerte en combate contra Roma, Catilina era, desde el principio, un monstruo. Santa Teresa de Jesús, en cambio, desde niña, ya era santa. En cuanto a mí, basta con verme, viviendo entre desconocidos, fumando y bebiendo ginebra a escondidas, mirando con descaro a las chicas jóvenes del pueblo —y en la residencia a las cuidadoras, a las limpiadoras y a las del personal sanitario— y sin nada mejor que hacer que escribir sobre mí mismo: cualquiera podría adivinar que fui un joven acomodaticio, solapado y ambicioso.

En el *Libro de la vida*, santa Teresa recuerda que en su infancia leía vidas de santos con su hermano, y que «deseaba yo mucho morir» por el Señor, así que los

dos se concertaron para «irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen». Hicieron un intento de fuga y salieron por la puerta del Adaja, hasta que un tío suyo los interceptó y los devolvió a casa. Una vez comprobado que «el tener padres era el mayor embarazo» para alcanzar el martirio, se conformaron con hacerse ermitaños «en una huerta que había en casa», y construyeron sus ermitas con «unas piedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo». Los dos hermanos sentían temor y atracción por la eternidad —ya fuera en el cielo o en el infierno— de la que tanto se hablaba en los libros devotos:

Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre!

Otra vocación temprana, con el mismo ardor que la de Catilina, aunque en dirección opuesta. No creo que Catilina sintiera el vértigo de la eternidad, sino el del instante; le imagino en cambio repitiendo: ¡ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo!

Recibí una educación religiosa (nacé en 1945, no había otra), recuerdo aquellos ejercicios espirituales en los que conseguían con mucha más eficacia aterrorizarnos ante el castigo eterno que entusiasmarnos con

la eterna recompensa. Volvía a casa determinado a merecer el cielo, costara lo que costara, y decía muchas veces «¡para siempre, siempre, siempre!», pero a los pocos días me ganaba el ataque relámpago del «¡ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo!». Así somos: nuestros pecados son testarudos; nuestros arrepentimientos, de alfeñique.

Huelga decir que cedía a tentaciones bastante más modestas que las de Catilina, sin vestales mancilladas ni exuberantes orgías, sin incendios ni matanzas ni guerras civiles (de las que ya se había hecho cargo Franco), y por supuesto sin la conquista del poder absoluto, entonces también en manos del Caudillo (que además custodiaba el brazo incorrupto de la santa de Ávila en su mesita de noche).

Como en santa Teresa, en Catilina hay cierta grandeza —o si se quiere desmesura—, la misma necesidad de lo imposible que sentía Calígula, el emperador demente. Hasta Salustio lo percibe, a mi parecer con una admiración que no logra ocultar: «Su espíritu insaciable siempre deseaba cosas desmedidas, increíbles, fuera de su alcance».

Ni santo ni monstruo, nunca tuve ninguna vocación intensa, salvo la de vivir con desahogo una vida gris y confortable —a ser posible con lujo—, de virtudes intermitentes y pecados veniales.

Era lo propio, ahora me doy cuenta, del país en el que llegué a la edad adulta, que tenía como elemento

de cohesión social el miedo: miedo a ser descubierto, a ser castigado, a dar un paso en falso. El lema de aquella época de plomo, que se repetía en todas las familias, era: Hijo, tú sobre todo no te signifiqués.

Hace años que no oigo esa expresión, no sé si los jóvenes la entenderían ahora. Significarse era lo que dice el diccionario, «hacerse notar o distinguirse por alguna cualidad o circunstancia», pero también algo más: no tengas significado, que nunca se te entienda del todo, para no ser descubierto. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás, no veo el significado de mi vida —ni el sentido—. Debe de estar muy bien escondido, sobre todo para mí mismo.

Leyendo a Salustio, en el Maype me acordé de mi hijo de niño. Cogido de mi mano, avanza por la parte exterior de la acera y se va golpeando uno detrás de otro contra los retrovisores de los coches aparcados. Intento que se ponga al otro lado, pero se niega. Venimos de la oftalmóloga, en la calle Luisa Fernanda, y le acaban de tapar con un parche el ojo vago, el derecho. No ve ni torta pero prefiere aguantar sin cambiar de lado, así de orgulloso y de cabezota era con seis o siete años. La marcha es penosa, hasta que salimos a Ferraz, una calle más grande con una acera amplia. Volví a sentir, otra vez, el mismo amor y el mismo miedo hacia Gonzalo. Por mucho que le quiera, no puedo protegerle; ni siquiera de sí mismo.

Mi regreso a Los Carrascales no fue menos difícil

que aquella travesía por Luisa Fernanda. Después del ictus pasé casi medio año en un hospital de recuperación, en la Fuenfría, en la sierra de Guadarrama. Ahora puedo andar con un bastón, arrastrando la pierna izquierda, con el esfuerzo de todo el cuerpo, en un semicírculo bastante cómico, pues llevo el brazo izquierdo casi inmóvil en un cabestrillo.

Dejé a un lado la zona de la tele y me dirigí a la cafetería, donde encontré a esas absortas, acobardadas, inconsolables, dolientes personas mayores —así nos llaman—, con las que pensé que nada tenía que ver, y que han acabado siendo mis semejantes, mis hermanos, y también capaces de mostrarse atentas, valientes, entusiastas y reconciliadas. De los que conocí aquella noche ya faltan tres, han sido trasladados o trastracados, se han desvanecido o los hemos olvidado. Me senté en una silla junto a una mesa de un solo pie. No sirven más alcohol que vino o cerveza, así que pedí una copa de vino blanco. El hombre que estaba sentado más cerca de mí se levantó sin demasiado esfuerzo y se acercó a saludarme. Sobre la mesa tenía un tablero de ajedrez y un libro con el que debía de estar estudiando alguna partida. Era de corta estatura, pero disfrutaba de una melena blanca de senador romano o de poeta lírico. Esto, sumado a su agilidad para ponerse de pie, despertó mi desconfianza (y mi antipatía): hace años que mi cabeza es una bola de billar. Me dejé bigote para compensar la pérdida, sin otro

resultado que el de adquirir cierta apariencia de forzado de circo o de traficante de armas. El ajedrecista parecía un buhonero, con su pañuelo rojo anudado al cuello, su camisa de lunares, su chaqueta de lana azul y unas zapatillas de felpa con un escudo heráldico. Nicanor Valverde, se presentó. Ahí se suele sentar Verónica, me dijo. Me disculpé y le pregunté cuáles eran los sitios libres. Todos, me dijo con el movimiento de brazo de un torero recibiendo una ovación, no hay puestos asignados, se trata de una deferencia que algunas ni siquiera se merecen.

También somos así las personas mayores, conocemos nuestros derechos. Derecho a ser cascarrabias, a ser suspicaces, a portarnos como viejos verdes o como niños malcriados, a contar batallitas, a despotricar sobre los nuevos tiempos y los nuevos jóvenes, y a quejarnos de cualquier cosa que nos venga en gana.

Me levanté apoyándome en el bastón y Nica —como he acabado llamándole— me acompañó con mi copa en la mano hacia otro asiento, que pasó a ser el mío, aunque esa noche no llegué a sentarme en él, porque el buhonero me invitó a jugar una partida en su mesa. Me fulminó en quince movimientos con un gambito Evans. Ahora de vez en cuando le gano cuando jugamos alguna partida por las tardes. Para matar el tiempo, en defensa propia.

Creo que Nica ha sido empleado de banca, pero también me ha dado a entender que ha trabajado en

una galería de arte en París, en una agencia de detectives en Milán y en una universidad norteamericana. Quién sabe: aquí nunca decimos la verdad sobre nuestra vida anterior —y nada en absoluto del porvenir—; y de lo que contamos de la vida de fuera (hijos, nietos, amigos) la mitad es inventado.

¡Que viene esa tarasca!, me sobresaltó Nica. ¡Anda que no se da ínfulas! Lo dijo con una inquina que me pareció simulada, como si representara su papel en una función dirigida a un solo espectador: a mí, el nuevo residente, recién llegado del mundo real a la magia de la escena.

Al fin y al cabo, la vejez no es más que una astra-canada.

Verónica es altiva, fatua y fantasmagórica, lleva un turbante violeta sujeto en la frente con un prendedor dorado (o quizá de oro), un vestido anaranjado con un ribete negro y zapatos de tacón. Ocupó el asiento de su propiedad, sacó de su bolso una partitura que dejó abierta sobre el velador, se puso de pie y empezó a bambolear la cabeza con muecas de éxtasis, mientras con las manos artríticas y cubiertas de grandes pecas dirigía una orquesta invisible y silenciosa. De vez en cuando miraba a la partitura, como si pudiera leerla a esa distancia. ¡Qué poca vergüenza!, se quejó Nica con esa indignación que no parecía sentir, aunque quizá la hubiera sentido el autor de la obra: él se limitaba a decir sus frases lo mejor posible y en el momento in-

dicado. Jugamos otra partida, que también perdí, y llegó la hora de la cena.

Éramos pocos, la mayoría prefiere desayunar, comer y cenar en su habitación, hay muchos residentes invisibles, que esperan el desenlace tumbados en su cama, con la cara vuelta hacia la pared. Salvo alguna mesa con dos mujeres, en el comedor es costumbre que cada uno se siente solo; a nadie le agrada ver comer a un anciano, ni siquiera a nosotros. Para casi todos la masticación es torpe, lenta y ruidosa, lo que convierte las comidas en una liturgia lúgubre que sólo podría dedicarse a la plegaria o el examen de conciencia, dos actividades de las que no soy partidario.

Después de la cena, la mayoría vuelve a su habitación, y unos pocos se reúnen en la sala de la tele. A partir de esa primera noche, me quedé en la cafetería a tomar el último vino y a leer, casi siempre sin más compañía que la cabeza basculante de Vero y su sinfónica sonámbula.

Desde joven he protegido un tiempo diario para leer. Mi padre era sastre y mi madre cosía para fuera, tenían pocos estudios y en casa no había ni veinte libros. Precisamente por eso sentían hacia la lectura el mismo respeto reverencial que un campesino de la Edad Media experimentaba al oír hablar a los curas en latín. Cortaba trajes para bodas y para muchos clientes que sólo podían hacerse uno cada cuatro o cinco años, pero también para algunas personas de empaque, ca-

tedráticos, jueces, militares o funcionarios de alguna administración; así que bien sabía mi padre lo que separaba a los ricos de la gente común, nada más que el dinero (y el poder que otorga) y los signos que lo representan: un traje bien cortado y el aplomo para llevar ante cualquiera la voz cantante; es decir, la cultura o lo que mi padre entendía por cultura. A una edad tardía, hizo un esfuerzo tan agotador como inservible para poder disponer de opiniones contundentes sobre cualquier asunto, desde el estrecho de Ormuz a la fisión nuclear, sin dejar de lado la entomología o la astrofísica. Ahora me parece conmovedor, porque a mí me ha sucedido algo parecido. El afán de mi padre —o su fe de carbonero— le condujo a dejarse vender a plazos una enciclopedia, que no le ayudó a triunfar, como le habían prometido. Por si fuera poco, aparecieron entonces los grandes almacenes y esos trajes de confección con los que no podía competir. Sin embargo, a finales de los sesenta y durante los setenta, encontró una clientela inesperada: los jóvenes de clase obrera que, careciendo de poder adquisitivo para visitar Londres, querían ir a la moda moderna. Un día le hizo a un chico de Manteras, a partir de la portada de un disco, un pantalón de campana, que todavía no fabricaban los grandes almacenes. Tras este vinieron cientos, necesitaban camisas con solapas enormes, chaquetas con bordados en las mangas, trajes parecidos a los de Elvis, a los de los Beatles o a los de los

Rolling Stones, y acudían desde barriadas de las afueras a la tienda de Espoz y Mina con fotos de revistas o fundas de elepés que mi padre utilizaba como patrones de costura. No lo hacía porque quisiera ayudar a los jóvenes: no sentía por ellos ninguna simpatía, lo hacía por el dinero. En eso también nos parecemos, a mí los jóvenes me aburren y el dinero siempre me ha atraído. Lo que más aborrezco es que para hablar de nosotros utilicen la expresión «nuestros mayores»; son tan atolondrados que sin duda creen en sus buenos sentimientos. El culto a la juventud es un lastimoso invento reciente, y ha traído consigo algo peor: los mayores que pretenden mantenerse jóvenes. Desconfío de cualquier adulto de más de cincuenta que no tenga barriga: está ocultando algo. Más tarde, avanzados los años setenta, las tiendas de ropa de confección ya vendían esos pantalones de pata de elefante, maxifaldas y minifaldas, y hasta ponchos bolivianos, y el negocio de mi padre cayó en picado, pero sus arbitrarios conocimientos enciclopédicos fueron el consuelo de sus últimos años, dedicados a la resolución de crucigramas.

Mientras leía la desastrada vida de Catilina, miraba de reojo los movimientos de Vero. En su mano derecha una batuta conjetural marcaba el tempo y con la izquierda indicaba la entrada de grupos de instrumentos —¡Ahora esos cornos! ¡Que suenen los violonchelos! ¡Arriba las trompetas!— o de solistas: ¡Venga el

siempre tan celebrado solo de violín! A veces cerraba los ojos, complacida, y echaba la cabeza hacia atrás, como si flotara recostada en una nube o en una ola. El malvado Catilina, por su parte, ya había «cometido muchas abominables deshonestidades con una doncella noble, una vestal y otros actos parecidos en contra de los preceptos humanos y divinos». De pronto Vero separó los brazos para indicar más *forte* y volvió a cerrarlos muy despacio, cada vez más *piano*, hasta que recogió las manos sobre su pecho (bastante voluminoso) en un gesto que indicaba el final de la sinfonía, saludó con una inclinación de cabeza y salió, aunque cojitranca, muy erguida, partitura en mano, hacia las habitaciones, y entonces, trastabillando por el pasillo (la cadera derecha le duele demasiado, no sé por qué se empeña en llevar tacones), la vi tan desamparada como si se hubiera quedado ciega a mitad de camino, perdida en una nube de tormenta o a merced del oleaje. Pensé en hacerlo, pero no me atreví a aplaudir. En cuanto a Catilina:

Su color era pálido, su mirada repulsiva, su andar unas veces rápido y otras parsimonioso; en su aspecto y en su rostro se evidenciaba inequívocamente la locura.

Era hora de irse. En mi habitación bebí un dedo de ginebra de la botella que había traído en una de las maletas, y cerré los ojos con el mismo miedo que

la primera noche en el campamento del servicio militar. ¿Qué pasaría al día siguiente? ¿Los aparentes amigos se volverían contra mí? ¿Surgirían peligrosos enemigos imprevistos? ¿Podría resistirlo?

Un viento suave estremecía las hojas de mi encina, o *Quercus ilex*, como diría mi padre, no sin añadir que se trata de un árbol perennifolio. También me habría explicado que las hojas son de un color verde oscuro, glabrescentes por el haz, y con una densa borra blanquecina por el envés. Glabro significa calvo, como mi cráneo, que protege en el envés una espesa selva de pálidas y débiles neuronas. Me acordaba de mi padre porque estaba solo y sentía temor. Me preguntaba, como en la mili, qué papel me tocaría en el reparto del astracán de la tercera edad, y si estaría a la altura del desafío. Pasados los setenta y cinco, me habían trasladado a un lugar alejado de la vida que conocía, un universo cuartelero con titubeantes personas mayores a cargo de rotundas cuidadoras dominicanas y celadores con pendientes y tatuajes, donde podía inventar mi papel en la función o resignarme al que me asignaran. ¿El triste y turbio bebedor solitario? ¿El erudito en cominerías? ¿El farsante que, para darse importancia, finge leer libros ya olvidados?

Me concedí otro dedo de ginebra. Si no me hubiera separado de su madre, ¿habría sido diferente la vida de este chico, nuestro hijo? Puede que no: puede que haya personas como Catilina, hijo único de su carácter y huérfano de la realidad.

Mi mujer se llamaba Catalina, por eso elegí ese libro de bolsillo —casi al azar, como he dicho— que titulé en mi cabeza *La conjuración de Catalina*, y que reescribí en el acto, no como una conspiración, sino como un conjuro, esa «fórmula mágica que se dice, recita o escribe para conseguir algo que se desea»: así vivimos Cati y yo, conjurados a favor de la alegría, durante cinco años —para siempre, siempre, siempre— hasta que el conjuro se transformó en conjuración dirigida contra mí. Apareció Tina y obedecí la llamada del ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo, y me fui de casa con dos maletas pequeñas.